

Reflexiones sobre la naturaleza, a propósito del confinamiento por el coronavirus

Rafael Yus Ramos
GENA-Ecologistas en Acción

Como todos los españoles que no estamos en la trinchera de la lucha sin cuartel contra el coronavirus, y que cómodamente la contemplamos con un auténtico aluvión de información y desinformación, estoy recluido en mi domicilio y, si bien no me falta trabajo para no tener que recurrir a recursos para la distracción, ha habido momentos suficientes como para repensar sobre nuestro papel en la naturaleza, visto en negativo, cuando el papel lo retoma un diminuto ser (que no me atrevo a calificar de “ser vivo” para no entrar en la polémica aún no resuelta de si los virus son o no son seres vivos) que ha cobrado un inusitado protagonismo que nos recuerda las históricas pandemias medievales de la “peste negra”.

Sobre los confinamientos

Desde el decreto del estado de alarma todos los españoles hemos sido recluidos a los estrictos límites de nuestros propios domicilios, de forma que nuestro “hábitat” teóricamente queda reducido a la más o menos escueta superficie techada de nuestras casas. Es una situación nueva para nuestra especie, acostumbrada a disponer de áreas mucho más grandes para su actividad vital. ¿Quién es responsable de este confinamiento? Un ser (vivo o no): el coronavirus COVID-19. A este confinamiento le llamaremos **confinamiento urbano** y se reduce a la ciudad.

Ahora pensemos en otros seres vivos, particularmente los animales más próximos a nosotros, los vertebrados ¿dónde los encontramos normalmente? Salvo unos pocos que gracias a sus alas pueden venir a nuestros hábitats urbanos, la mayoría se encuentran en el mundo rural, y más específicamente en los espacios naturales, muchos protegidos como parques naturales o parajes naturales. Allí están literalmente confinados, porque fuera de allí están condenados a morir por algún atropello, la caza, etc. ¿Quién es responsable de este confinamiento? Un ser vivo: el ser humano, cuya tendencia expansionista y depredadora de territorio sólo respeta determinados espacios, generalmente inhóspitos e improductivos, como las montañas, donde los seres vivos sobreviven, algunos a duras penas, gracias a la reclusión. Es un **confinamiento protegido**, aunque reducido a los espacios protegidos

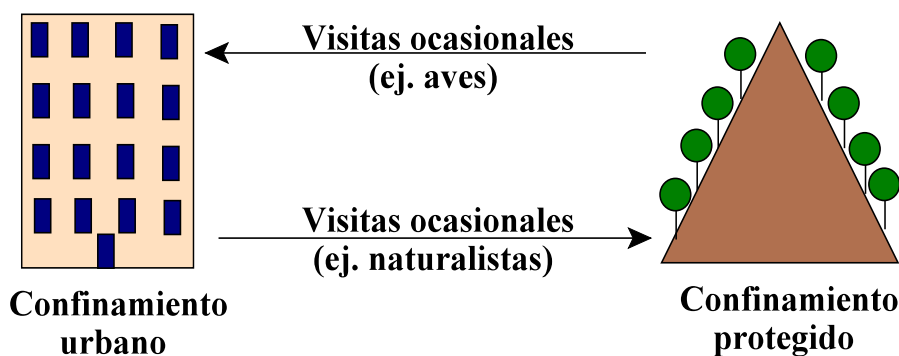


Fig. 1.-Tipos de confinamiento en los seres vivos

A pesar de estos confinamientos obligados, algunos componentes escapan de los mismos para realizar visitas a otros confinamientos. Por ejemplo, algunas aves pueden abandonar sus confinamientos protegidos y realizar alguna visita al confinamiento humano. También al contrario algunos seres humanos, no sólo los naturalistas, también los domingueros, abandonan temporalmente su confinamiento para visitar a los confinamientos protegidos. Son visitas interesadas, las aves y otros animales buscan alimento en el confinamiento urbano y los seres humanos buscamos entretenimiento (a veces ciencia) en el confinamiento protegido.

Sin embargo, ninguno de estos dos confinamientos son autosuficientes. El confinamiento urbano, la ciudad o urbe, necesita un área de “campeo”cientos de veces más amplia que la de la propia ciudad: necesitamos superficie para cultivar nuestros alimentos, para almacenar el agua, para realizar la actividad que demanda el sistema económico, para infraestructuras que faciliten los desplazamientos, etc. Es, en definitiva, nuestra huella ecológica. Incluso durante el confinamiento estricto decretado por el coronavirus, seguimos abasteciéndonos de lo que hemos cultivado o criado en amplias superficie de suelo rural. El confinamiento protegido tampoco es autosuficiente para muchas especies, pues muchos seres vivos allí recluidos necesitan ampliar su área de campeo para buscar su alimento, a veces invadiendo los confinamientos humanos (los cultivos, la ciudad, etc.), y si no lo consigue, es presa de la fuerte competencia por los escasos recursos naturales de sus propias áreas de confinamiento.

Sobre las invasiones

Cuando un miembro de un confinamiento abandona su propio confinamiento y se traslada a otro confinamiento diferente, lo llamamos **invasión**. En estos días de confinamiento obligado, los componentes de los confinamientos exteriores, sean o no protegidos, han estado visitándonos, muchos han sido fotografiado, filmados, y sus imágenes distribuidas de forma explosiva a través de las redes sociales. Son seres que normalmente están confinados, pero que, al encontrar la relajación de barreras que supone la actividad humana han ido acercándose al confinamiento urbano y nos han ofrecido la oportunidad de ver lo que sólo es posible ver, con paciencia, en un confinamiento protegido, o, si cabe, en un zoológico, que es un microconfinamiento dentro del confinamiento urbano.



Jabalíes



Zorro



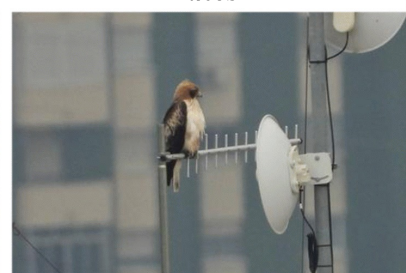
Patos



Delfines



Conejos



Águila calzada

Fig.2. Algunas especies que invaden el confinamiento urbano

Aunque algunas son ciertas, producidas durante este confinamiento, otras corresponden a invasiones nocturnas producidas en otro tiempo, pero todas son “invasiones”. Esto es algo que ha llamado mucho la atención, pero que no es nuevo. El confinamiento urbano siempre ha sido un lugar muy apetecido para especies llamadas “oportunistas”, que saben aprovechar las oportunidades que le ofrece cualquier medio, sea el suyo natural, o un vertedero o, en este caso, la ciudad y sus múltiples tesoros alimenticios que se encuentran en las bolsas de basura, o directamente en el suelo. Sí es cierto que el confinamiento decretado ha obligado a dejar las calles desiertas y ello ha permitido a estas especies acercarse con mayor seguridad a la búsqueda de recursos que antes era imposible lograr en pleno día, y algunas, de costumbres nocturnas, lo lograban de noche, pero ahora lo pueden hacer a plena luz del día. No es cierto, pues, como dicen algunos titulares, que “la naturaleza busca lo que es suyo”.

Estas invasiones son auténticas nimiedades. Hay invasiones mucho más lesivas, tanto en un confinamiento como en el otro. Por ejemplo, ya hemos aludido al hecho de que el ser humano acude ocasionalmente al confinamiento protegido, bien por razones naturalistas o por simple entretenimiento. La invasiones de naturalistas, por lo general, son inocuas para los habitantes del confinamiento protegido, pues la propia actividad naturalista requiere silencio y por lo general el naturalista es muy respetuoso respecto a estos habitantes. No sucede lo mismo con muchos de los que acuden a estos confinamientos por puro entretenimiento y diversión, lo cual sólo lo consiguen armando mucho ruido (alguno llevan aparatos para escuchar música, generalmente gritan mucho) y además dejando basura, pisoteando la vegetación, persiguiendo a pequeños seres vivos y todo tipo de agresiones. Pongamos dos ejemplos: las visitas masivas del río Chíllar (Nerja) y la subida masiva de personas (a veces incomprensiblemente organizadas por la Consejería de Medio Ambiente) a la Maroma (Sierra Tejada). Son auténticas invasiones dañinas para el confinamiento natural y para los habitantes que allí existen, que no olvidemos que están allí porque nosotros los hemos confinado allí, convirtiéndose estos confinamientos en auténticas “arcas de Noé”, pese a que para muchas especies es demasiado pequeño para subsistir.



Río Chíllar



Maroma

Fig.3. Ejemplos de invasiones humanas en los confinamientos protegidos

De este modo, el ser humano, que creó estos confinamientos protegidos, para conservar la flora y la fauna, invade masivamente estos hábitats, y contribuye a la degradación de las poblaciones de sus componentes, algunos de ellos en peligro crítico, a punto de extinguirse. Por ejemplo, en el río Chíllar hace años que ya no se reproducen algunas aves que en antaño, cuando no estaba de moda este “aquapark”, sí lo hacían. En la Maroma, lugar de protección de grado A (el máximo según las normas del propio parque), se acampa, se vierte desperdicios, haciendo proliferar ratones, levantan piedras destruyendo microfauna, pisotean especies de flora protegida, etc.

Es cierto que también hay invasiones de otros seres vivos en los confinamientos urbanos. Pero no olvidemos que la mayoría de estos seres vivos los hemos introducido los seres humanos y luego escaparon a nuestro control. Pongamos un par de ejemplos



Cotorra de Argentina



Rata común

Fig.4. Ejemplos de especies invasoras del confinamiento urbano

La cotorra de Argentina, bien conocida en Málaga para cualquiera que pasee por sus jardines, es una especie originaria de sudamérica, de modo que para llegar a España no lo ha hecho volando, sino traída por comerciantes que las venden libremente en tiendas de animales. Para mucha gente es una mascota, como un “periquito” ciertamente de plumaje llamativo. Las compran y cuando ya se hartan de escuchar sus graznidos, la sueltan a la calle “para que viva libremente”, una liberación que nos cuesta caro, porque son especies con gran capacidad reproductiva y gran capacidad para invadir hábitats de otras especies autóctonas, como el gorrión común o la paloma, que por tanto empiezan a escasear. Las poblaciones crecen exponencialmente y nadie encuentra una solución válida a este problema. Otro caso es el de las ratas comunes o grises, que también la trajo el ser humano a nuestros confinamientos, no como mascota, por supuesto, sino accidentalmente, a través de barcos que venían de Asia occidental, lugar de origen de estos animales. Por fortuna estos animales se contentan con vivir en el submundo de las alcantarillas, pero su control cuesta sudores y lágrimas a los servicios de desratización.

Todo esto nos enseña que ni el confinamiento urbano ni el confinamiento protegido cumplen de manera estricta su objetivo de confinar a una población y excluir a otras. Vivimos interconectados, seamos o no conscientes de ello. Algunos creen ver la solución fundiendo ambos confinamientos: traer el mundo natural a la ciudad o llevar la ciudad al mundo natural.

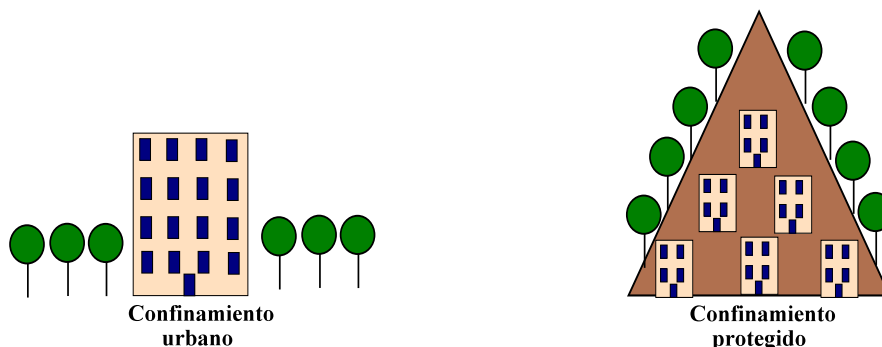


Fig.5. Reducción del confinamiento urbano y el confinamiento protegido

Pero ninguna de estas soluciones resuelve el problema. El confinamiento urbano es incompatible para la inmensa mayoría de los habitantes del confinamiento protegido, se extinguirían rápidamente. Todo lo más que podemos hacer es mejorar las áreas verdes, donde ya hemos introducido algunos habitantes de confinamientos exóticos, por su belleza y por su adaptabilidad al confinamiento urbano. Pero en este medio sólo podemos aspirar a disminuir el impacto de la

artificialidad del confinamiento urbano, ampliando las áreas verdes, los jardines, los paseos, parques, etc. Por otra parte, llevar la ciudad al confinamiento protegido es, por definición, imposible, pues su protección precisamente impide esta solución, ya que eso supondría la destrucción de la mayoría de sus componentes naturales. Pero se ha intentado hacer en ese espacio que hay entre el confinamiento urbano y el confinamiento protegido: los espacios rurales. En estos lugares, en los últimos años ha proliferado la construcción de viviendas unifamiliares dispersas, creando una “ciudad difusa”, que podría verse como solución al problema de los confinamientos, pero que en realidad es responsable de la degradación de estos entornos, porque la actividad humana, con sus desechos, su ruido, sus infraestructuras, etc. acaban por degradar los sistemas naturales. Estos lugares, en realidad son una multiplicación de pequeños confinamientos urbanos, con fuerte impacto al medio rural existente en el exterior.

Confinamiento y medio ambiente

Pero el confinamiento también ha demostrado, como un negativo, la forma atroz en la que vivimos en nuestros hábitats urbanos:

a.-Menos ruido. Las ciudades, y especialmente las mediterráneas, son lugares en los que el ruido es de tal grado que solo la afortunada capacidad de adaptación de los seres humanos, la hacen habitable, a costa de una pérdida progresiva de capacidad auditiva. El confinamiento ha permitido escuchar el “silencio”, algo imposible en circunstancias normales.

b.-Menos contaminación. Es un hecho registrado en los sistemas de detección de gases contaminantes existentes en ciudades que normalmente están hiperpolicionadas, como Madrid, Barcelona, y, sin ir a parar más lejos, Málaga. La razón es obvia: el principal y casi único contaminante de ciudades meridionales como Málaga es el tráfico.

c.-Menos acoso al medio natural. Ya hemos aludido a la costumbre de muchos habitantes urbanos de invadir los confinamientos protegidos, la mayoría por mera diversión y entretenimiento. El estado de alarma ha frenado en seco estos movimientos, intensos en los fines de semana, que normalmente acosan al medio natural.

d.-Menos masificación. Málaga es una de las provincias donde más se nota la masificación. La masificación humana se nota principalmente en verano, en todas las localidades turísticas de la costa. La imagen de playas abarrotadas, calles donde es imposible andar deprisa, transporte público con colas interminables, comercios atestados, etc. ahora es inexistente. Es verdad que tampoco es deseable esta estampa, pero nos sirve de referencia para darnos cuentas de cuánto hemos consentido (y fomentado) la masificación turística en nuestro litoral.

e.-Menos consumo superfluo. Nuestro sistema económico se basa, indiscutiblemente, en el consumo. Si no hay consumo, el sistema se viene abajo. El capitalismo fomenta el consumo, no ya de bienes y servicios básicos que todo ser humano necesita, sino una larga serie de otros consumos que no son necesarios y a veces ni se les saca provecho. Esto no es bueno para el capitalismo, pero es bueno para el sistema natural, de donde provienen los recursos necesarios para fabricar esta ingente cantidad de productos de consumo inútiles o prescindibles. La reclusión nos ha hecho consumir únicamente lo que necesitamos diariamente, y prescindir de aquella peregrinación de tiendas para la compra de objetos que ya tenemos pero que adquirimos por el afán de seguir modas, cambiar continuamente, etc.

f.-Menos vibraciones. Los servicios de prevención sísmicas advierten que durante estos días de reclusión ya no se registran los pequeños terremotos que origina el tráfico rodado, siendo mucho más sensible al registro de los llamados “microsisimos”.

Pero no todo el bueno ambientalmente en este confinamiento. También encontramos efectos contrarios, más vinculados al hecho concreto de la pandemia por coronavirus, que son como la chatarra de las guerras:

a.-Más residuos sólidos: las medidas higiénicas obligan a desechar continuamente un importante arsenal de objetos de contención: mascarillas, EPI, guantes, etc. todos estos objetos son desechables, no sólo de “usar y tirar” en un día, sino continuamente. Cada sanitario gasta diariamente una cantidad inmensa de materiales de este tipo que no se pueden reutilizar. Solo hay que multiplicar este problema por millones y millones de equipos, como para darnos cuenta de la envergadura del problema. Es una herencia de nuestra cultura del plástico, y que ahora vemos de una manera más cruda. Caso distinto hubiera sido haber inventado equipos de protección que soportaran sistemas de esterilización usuales en los hospitales.

b.-Más atoros en saneamiento. Se ha advertido un aumento de la nefasta costumbre de arrojar toallitas húmedas en el inodoro, cuando es bien conocido el hecho de que estas toallitas, resistentes a la destrucción, acaban atorando los sistemas de saneamiento, especialmente cuando llegan a las depuradoras de aguas residuales.

c.-Más antisépticos. Durante el confinamiento hemos asistido a operaciones de limpieza de calles y edificios mediante antisépticos generalmente clorados. Aunque el cloro está en baja concentración, esto supone una importante contaminación por cloro, cuyos efectos en los jardines es posible que aparezcan después de esta batalla.

d.-Más CO₂ por internet. A falta de otras formas de entretenimiento, de trabajo o de estudio, durante estos días hemos utilizado más que nunca el internet. Esta tecnología nos ha permitido permanecer comunicados con el mundo exterior, con los medios de comunicación, con fuentes de información, de entretenimiento, etc., todo eso es cierto, pero debemos ser conscientes de que ello ha supuesto un importante incremento del consumo energético y la liberación de mayor cantidad de CO₂ por este concepto. Ciertamente, a cambio, la falta de circulación de coches ha dejado insignificante este consumo tecnológico.